

ANT-XIX-1294(9)

DISCURSO

LEIDO

EN LA ACADEMIA GENERAL DE CIENCIAS

BELLAS LETRAS Y NOBLES ARTES

DE CÓRDOBA

LA NOCHE DEL 15 DE NOVIEMBRE DE 1884

POR

D. ANGEL M.^A CASTIÑEIRA Y CÁMARA

en el acto de su recepción solemne como Académico de número

Y CONTESTACIÓN

DEL SR. D. MIGUEL RIERA

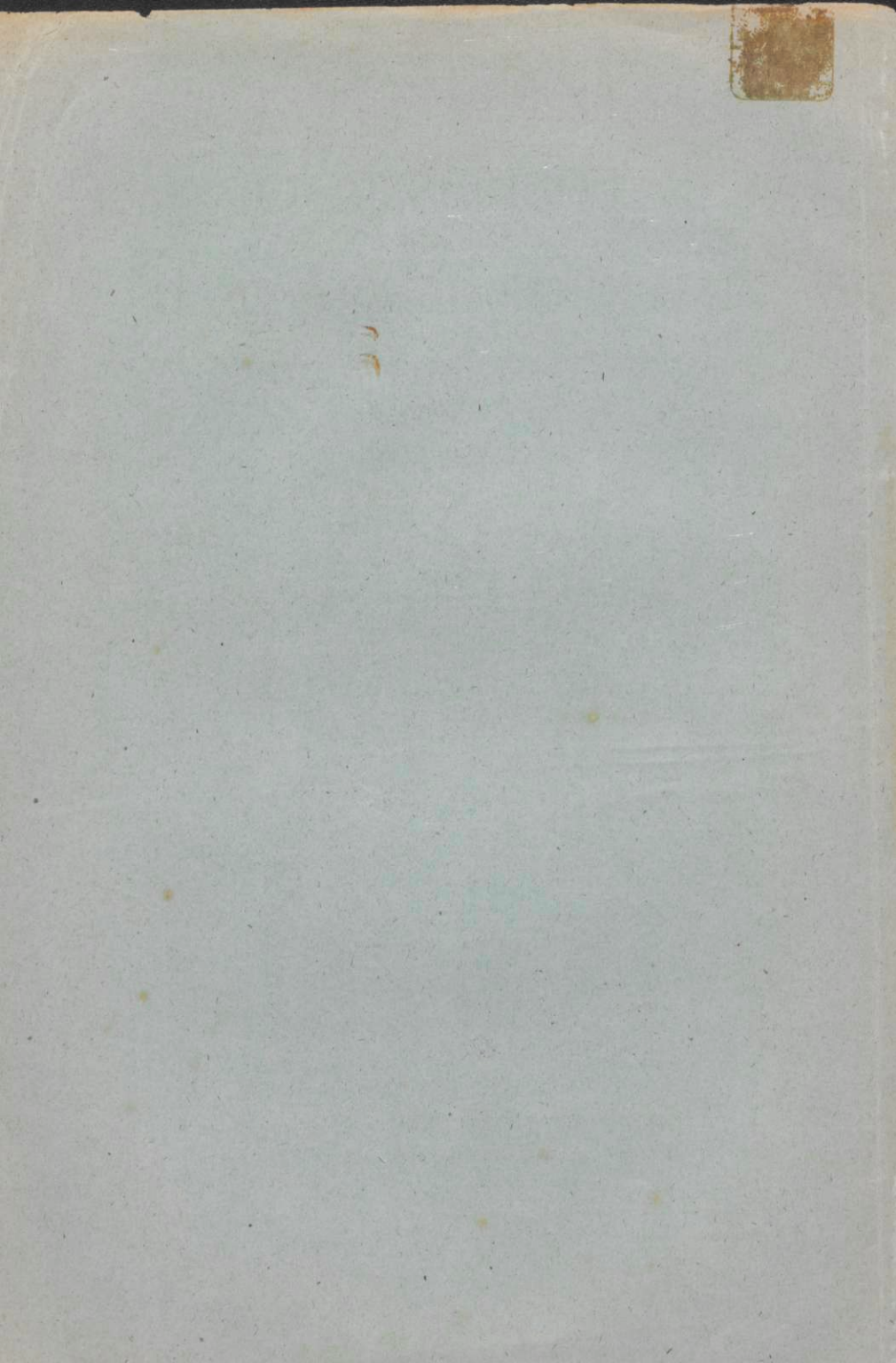
DE LOS ANGELES



1885

Imprenta, librería y litografía del DIARIO DE CÓRDOBA

San Fernando 34 y Letrados 18



R. 31870

DISCURSO

LEIDO

EN LA ACADEMIA GENERAL DE CIENCIAS

BELLAS LETRAS Y NOBLES ARTES

DE CÓRDOBA

LA NOCHE DEL 15 DE NOVIEMBRE DE 1884

POR

DON ANGEL M.^A CASTIÑEIRA Y CÁMARA

en el acto de su recepción solemne como Académico de número

Y CONTESTACIÓN

DEL SR. D. MIGUEL RIERA

DE LOS ANGELES

*Ami digno y excellent ami
M. D. Bartolomé Polo*



A. M. Castiñeira

BIBLIOTECA
DE
MANUEL POLO Y PÉREZ

1885

Imp., lib. y lit. del «Diario de Córdoba.»

San Fernando 34 y Letrados 48.



DISCURSO

DEL

SR. D. ANGEL M.^A CASTIÑEIRA Y CÁMARA

SEÑORES ACADÉMICOS:

Vuestra gran benevolencia para conmigo acaba de manifestarse una vez más, de manera tan señalada, que no sé como expresar mi gratitud.

Me elevais á la categoría de los más distinguidos: me haceis la inmerecida honra de colocarme á vuestro lado; pero á la verdad me poneis en grande apuro, si he de cumplir siquiera sea tan modestamente como yo puedo hacerlo, con el precepto reglamentario de ofreceros un pequeño trabajo; porque esta grata obligación para el que supiera cumplirla cual merece el respeto y sabiduría de esta Academia, es muy superior á la pequeñez de mi entendimiento, que solo en vuestra indulgencia suma puede tener confianza.

Más la dificultad sube de punto cuando el orden riguroso de sucesión en vuestros numerados asientos, me lleva á la necesidad de reemplazar á aquel miembro ilustre (1) que tan acabadas muestras la ofreció de su esclarecido ingénio, á aquel erudito sacerdote, que sin desatender las delicadas tareas del ejercicio de su elevado Ministerio, lle-

(1) Alude al Dr. D. Rafael de Sierra y Ramirez, Canónigo de esta Santa Iglesia Catedral.

naba en el alto Clero de nuestra Iglesia Catedral su honroso puesto, á la vez que dedicaba las horas de su reposo al estudio y al servicio de las letras, ofreciendo producciones como sus *Estudios filosóficos, históricos y críticos sobre la Estética Cristiana*, de la cual la Academia tuvo ocasión de conocer varios fragmentos, afirmando su ya no escaso crédito de escritor elegante y concienzudo crítico: á aquel, en fin, inolvidable amigo de la infancia, con quien tantas veces departí, sin dejar de aprender, y á quien ruego me sea permitido dedicar este pequeño recuerdo de consideración y respeto en tan solemne acto.

1 — Me propongo hablaros de un problema de actualidad: de las cuestiones sociales, que con mas insistencia que en otros periodos de la historia patria, se ofrecen ahora á la consideración de los hombres pensadores y de los que se interesan de algún modo en la ventura y porvenir de la Nación española, que influida por estrañas fuerzas, de manera mas directa que otras veces, por la facilidad y rapidéz de las comunicaciones con el resto del mundo, incurre también con frecuencia en el error de las huelgas, en la conspiración contra el capital y en manifestaciones más ó menos peligrosas, para demostrar su malestar y su sed de reposo, hasta el punto de que nuestro Gobierno, como otros de Europa y América, en la previsión de una catástrofe, dictó la Real orden circular de 28 de Mayo último, para organizar Comisiones compuestas de todos los elementos sociales, que

deliberen y discutan sobre los trascendentales problemas que entraña tan interesante asunto.

Y aunque el fin que se persigue se concreta, por ahora, á escogitar los medios de lograr el mejoramiento de la clase obrera, es sin embargo tan complejo y envuelve en sí tan diversos problemas, á su vez complicados y difíciles, que no es posible abarcar de una sola ojeada la trascendencia y alcance de la cuestión; habiendo de concretarme, por ello, á discurrir únicamente, de un modo general, acerca del noble propósito que inspiró al Gobierno el Real Decreto de 5 de Diciembre último y á hacer algunas consideraciones acerca del espíritu que informa el cuestionario sometido á las Comisiones provinciales por la circular de 28 de Mayo antes citada.

I.

Dominando el espíritu de unidad que impulsaba á las sociedades primitivas y rebasando las últimas oleadas del movimiento que dejó impreso el carácter guerrero y de variedad que formó el sello distintivo de la edad media, parece como que nos hallamos al dintel de una nueva tendencia lógicamente necesaria y consecuencia natural de tales precedentes, que solicita á la humanidad en todos sentidos, para que entre de lleno en un período de armonía.

Los pueblos reclaman sin cesar soluciones prácticas que den resultados palpables y de reali-

zación breve y sencilla, sin poderse explicar el malestar que los aqueja, la impaciencia que los devora, ni la impotencia que los abruma; y el problema social planteado en los siglos precedentes, asoma su tétrica y amenazadora faz coloreada con la rojiza llama que brota de la moderna filosofía, al derramarse en el corazón de las masas que anhelan un más venturoso porvenir.

Pero las sociedades, como seres colectivos, tienen á semejanza de los individuales, las facultades y aptitudes necesarias para realizar en el tiempo, la misión á que han sido destinadas por el sublime Autor de todas las cosas; y disponen, en cada periodo histórico, de los medios adecuados para ello. Los medios de la sociedad, los brazos ejecutivos de sus leyes, son las instituciones.

Averiguar cuales han de ser estas, señalar su carácter y tendencias respectivas, armonizarlas, con las demás creaciones de igual índole que, préviamente se hayan planteado para el desenvolvimiento de la naturaleza humana, determinar los puntos de partida, grados de actividad y sus límites, y ordenar las leyes de sus procedimientos, es la dificultad que hay que vencer: este el problema; y como para estudiar todo esto es indispensable un conocimiento profundo de la humanidad en su pasado y una noticia exacta de sus males presentes y de sus aspiraciones futuras, sube de punto la dificultad cuando el propósito demanda medios con que reducir á fórmulas sencillas y prácticas aquellas soluciones, y acierto en la oportunidad para plantearlas.

Empero la humanidad se encuentra hoy en posesión de un respetable caudal de experiencia y de progreso que le ha proporcionado, en su laboriosa tarea, la respetable série de los siglos transcurridos. Por eso, y aprovechando las lecciones de la historia, está hoy en el caso de apreciar el número y calidad de los datos con que cuenta para resolver el gran problema; y cuando se halle convencida de que no falta ninguna de las entidades y condiciones que ha de abrazar la fórmula, debe obrar, siquiera sea por vía de ensayo.

He dicho antes que la sociedad tiene medios apropósito para la aplicación práctica de los principios y que los brazos ejecutivos de sus leyes son las instituciones; y aunque en punto á sistemas sociales han sido bastante desgraciados los ensayos precedentes, y las instituciones planteadas con ese fin no han satisfecho nunca las aspiraciones del progreso humano; esto no obstante, ha habido algunas de aquellas de verdadera importancia en el desenvolvimiento de la historia, que han llenado cumplidamente sus fines especiales, dada la oportunidad de su aparición; pero que hoy no tendrían razón de ser, ni de existir, y es precisa una nueva fórmula, mas universal, que abraza, bajo un solo orden de actividad, lo complejo de todas las tendencias morales, intelectuales y materiales á que dá origen el espíritu de los pueblos modernos.

Es necesario reunir en una solución única, el contrapeso armónico del entendimiento y del co-

razón; la religión, la moralidad, el orden, la libertad, la economía, han de hallarse en justa proporción medidas, en perfecto equilibrio siempre, á fin de que ni se sobrepongan y anulen las gerarquías de los diferentes órdenes, ni estas se hagan enemigas irreconciliables entre sí; al contrario, es preciso que la demostración, de su necesaria coexistencia, llegue al convencimiento de todos, y se apoyen y completen en su actividad de tal manera, que no existan dudas respecto á la necesidad ineludible de la asociación natural de los hombres, si han de ser, han de conseguir, han de progresar y han de vivir, según y con la felicidad que permite la limitada esfera de las facultades humanas.

Porque si cada hombre solo puede dedicarse á una función especial, acomodada á sus aptitudes y al medio en que viva y grado de instrucción que posea; si los elementos de que ha de valerse aun para esa sola función especial, no se encuentran siempre en un mismo punto ni en manos de una misma persona, es evidente que para hallar el resultado que apetece, el premio de su esfuerzo, es necesario que se una á los demás esfuerzos de otros hombres y pongan en común su trabajo, su capital, sus medios cada uno, si han de obtener una utilidad segura en la extensión que demanden sus mútuas necesidades.

La asociación, pues, que es uno de los caracteres morales del hombre, porque naturalmente es sociable, constituye la gran fuerza, la gran palanca del progreso humano.

Mentira parece que haya quien procure hacer enemigas esas divisiones naturales de las aptitudes humanas, esas gerarquías del trabajo que espontáneamente surgen de la actividad individual y colectiva de los hombres, y quien todavía persista en el lamentable error de creer opuestos y antitéticos, elementos y condiciones que solo asociándose y formando un cuerpo de actividad común pueden vivir y prosperar.

Y es tanto más extraño este error, producto solo de un mal entendido egoísmo, que la humanidad toda no es ni puede considerarse más que como una vasta asociación, cuyos individuos en mayor ó menor escala, concurren libremente al fin social por la reunión de sus esfuerzos y sus recursos. Es, pues, necesario, asociar la ciencia á la industria, es preciso que vivan hermanos el capitalista y el trabajador, y en la misma comunidad de tendencias y de miras, si nó ha de matar á unos y á otros el egoísmo. Es preciso que cada uno de esos elementos viva complementándose y nó excluyéndose; los que asociados siempre, persiguen, por ejemplo, el fin religioso y moral, con los que solo persiguen el fin científico ó artístico; que en unos y en otros fines estén en íntima relación de equilibrio y correspondencia los medios y los esfuerzos, esto es, los simplemente trabajadores y los capitalistas, sin ser antagónicos, sino armónicos, y que todos, en fin, se unan en asociaciones parciales, que con el común empeño, consigan el fin social y la realización del progreso

practicando la virtud; porque cualquier género de egoísmo, cualquiera exclusión, mezcla ó confusión de esos elementos, hará venir el malestar, la ruina del espíritu y del cuerpo, la desmoralización y el proletariado: el problema social, en fin, agitando nuevamente en el oleaje de las pasiones y de las desdichas.

II.

Se advierte con bastante frecuencia, y en las actuales discusiones de la Comisión encargada en contestar el cuestionario circularizado por el Gobierno parece que se ha sostenido, por personas instruidas, el error de rechazar la forma de asociación llamada «empresa,» suponiendo que el monopolio ejercido por algunas, es la causa de la explotación del trabajador por parte del capital, y otra porción de teorías á todas luces inadmisibles; y aun se ha creído y se cree por algunos espíritus apasionados, que las huelgas de trabajadores responden á una justa represalia del trabajo contra el capital, como dolorosa consecuencia de aquel monopolio.

Aparte de que si existiera algún abuso aislado en este ó en aquel sentido, nunca sería bastante para condenar ni destruir una cosa que por sí es indestructible, conviene consignar que la forma de asociación llamada *empresa*, no es más que un modo indispensable de unir elementos que de otro modo estarían discordes y entre los que mediaría

un abismo; porque no de otra suerte se podrían coleccionar y reunir en una sola persona que compra ó alquila en un momento dado, y con determinado fin útil, todos los elementos, aptitudes y esfuerzos que son precisos para realizar la producción; forma, que una infinidad de industrias hacen absolutamente precisa y que ha surgido, en beneficio no solo de los capitales sino singular y muy principalmente en ventaja de los mismos trabajadores, que ven por tal manera asegurado constantemente y en cualquier momento de la producción el premio de sus esfuerzos, se gane ó se pierda en la empresa, mientras que, en la simple asociación, tendrían que estar á las pérdidas ó las ganancias futuras de la industria, habiendo de aguardar un tiempo más ó ménos largo á que se realizase el consumo de lo producido, sin recibir la retribución de su trabajo, cosa casi siempre imposible.

Por otra parte, las sociedades de meros trabajadores, son irrealizables de todo punto, por más que esta teoría socialista ha levantado tanto los ánimos, en más de una ocasión, y se ha intentado llevar á la práctica tantas veces, aunque sin éxito. No se concibe que pueda llevarse á cabo nada útil por una reunión de trabajadores que no sean al mismo tiempo en mayor ó menor escala capitalistas: que no tengan al menos las provisiones necesarias para esperar el término de la producción; y no se diga que esos socios tomarían prestado el capital que necesitaran, pagando su alqui-

ler cuando hubieran recogido el producto; porque aparte de que, por mucho que abunden los capitales es difícilísimo encontrarlos en condiciones ventajosas á quien, como el trabajador, no puede presentar otras garantías que su aptitud, queda siempre la eventualidad de que los productos no se logren ó que no sean bastantes á pagar el precio ó alquileres del capital prestado. De modo que, las modernas sociedades cooperativas, que tan útiles pueden ser, dando en ellas la intervención necesaria al capital, que es naturalmente cooperador también para que se obtenga el producto, no pasarán de ser una ilusión bajo el punto de vista económico y una desesperación bajo el aspecto puramente social, mientras se intenten constituir por meros trabajadores.

No es posible, por fin, prescindir de la empresa. Y si algo quiere hacerse útil y bueno en la forma de asociación cooperativa, necesario es no excluir al capital, ni desdeñar de un modo tan apasionado y absoluto las gerarquías del trabajo, que necesariamente han de imponerse á la voluntad y al esfuerzo como que se fandan en nuestra misma naturaleza.

Para ello conviene, como he dicho antes, no olvidar las lecciones de la historia. Aquellas comunidades ó hermandades que casi siempre comenzaron con un lema ó para un fin religioso, aquellos gremios con sus síndicos y gerentes, ó hermanos mayores, aquellas agrupaciones, como en nuestro país mismo hemos visto, durante los

siglos XVII, XVIII y principios del actual, tan florecientes y poderosas, como lo fué el Ilustre Colegio de plateros, el grémio de curtidores, de tejedores, de productores de la seda, etc., aunque ya solo resta una débil memoria de instituciones tan útiles en el primero de los nombrados y en la Hermandad de Labradores actual; todas ellas, medítese bien, no eran sino distintas variedades de asociaciones cooperativas, que hubieran vivido siempre, y hubieran progresado y realizado gran suma de beneficios, si como al principio de su planteamiento, hubiese habido más generosidad en la admisión de los socios, más moralidad en la administración de los bienes y menos desdén de clase entre sus individuos; pero el egoismo, sembrado por el error moral, político ó económico, los mató, como está llamado á matar siempre todo lo bueno y todo lo útil.

Pues bien: tomemos de allí la base y vengamos á nuestra época.

La dificultad principal estriba en encontrar la fórmula ó lema común, en donde quepan y puedan fundirse sin recelo todas las voluntades; el lazo que una de un modo más perfecto todas las aspiraciones sociales, políticas y económicas en donde se acomoden, sin anularse ni confundirse, así los sábics, como los ignorantes, los ricos y los pobres, los operarios y los maestros, los propietarios y los colonos: en una palabra, trabajadores y capitalistas, sin desórden ni mezcla, sino formando un todo armónico, conservando de buena voluntad

el respeto debido á las respectivas gerarquías de cada orden, y cooperando en común, con verdadera fraternidad, á que se logre también el común provecho.

Un sábio insigne, un hombre extraordinario, así por su virtud como por la grandeza de su entendimiento, gloria de nuestro siglo, el eminente filósofo, Obispo que fué de Córdoba, D. Fray Zeferino Gonzalez, fijó su elevada atención en ese espíritu de fraternidad universal, innato en el corazón humano, que bien conducido y guiado, ha resuelto casi siempre las grandes crisis de los pueblos, y tomándolo por base, dió una muestra de su caridad ardiente y de su amor al progreso, implantando en nuestra provincia, que á la sazón regía en el orden religioso, los Círculos Católicos de Obreros; y ¿sabeis lo que son esos Círculos? Pues fijaos bien, en lo profundo de la sabiduría que ha informado el establecimiento de esa modesta institución y la trascendencia y alcance de sus fines.

Se dijo: "una creencia común, la religiosa: aquí caben todos, porque católico quiere decir universal; sócios, todo el que quiera: todos ponen una modesta suma en la caja social, según su posibilidad y su voluntad; los más instruidos enseñan á los que menos saben, los más afortunados protegen insensiblemente á los menesterosos; los más distinguidos, rozándose con ellos, educan poco á poco á los más alejados de las formas sociales; y si bien la idea aparecerá lánguida mien-

tras atraviere el periodo de su infancia; si las desconfianzas sembradas en el ánimo de los hombres, á causa de las incesantes luchas políticas de nuestro pueblo, son un terrible obstáculo para su desarrollo, la constancia, el tiempo, la continuada moralidad y el buen consejo y la buena administración del fondo social en continuo y palpable ejercicio, las desvanecerán; y abrigo la esperanza de que no serán estériles mis esfuerzos, ni arrojaré inútilmente en mi grey esta semilla..»

Y ya veis cuanto era cierto su juicio; en poco más de tres años los Círculos de Obreros han cundido de una manera prodigiosa; de una en otra Diócesis, de uno en otro pueblo, se propagan cada día, y asombra verdaderamente la multitud de necesidades que remedian, los braceros sin trabajo que socorren, los enfermos que asisten y curan, el trabajo que proporcionan al que lo demanda y las cuantiosas sumas en metálico, enseñanza y consejo que reparten anualmente. Todo esto se ha conseguido á la voz de humanidad, honradez y trabajo.

Parece como que esa institución satisface mas que otra alguna la sed ardiente de moralidad y de verdad que hay en el corazón de la clase obrera, harta de vivir entre sospechas y desengaños. Un esfuerzo más, y cuando llegue á todos el convencimiento de que los fines de esos Círculos son humanitarios y sociales, son ajenos de todo punto á las luchas de las pasiones y de los partidos y que el provecho se busca para el bien común, la ins-

titución crecerá magestuosa y se impondrá por sí misma: porque el hábito de amarla se habrá hecho familiar insensiblemente.

Esa institución, cuyos reglamentos no hace mucho se leían aun con desconfianza, vá entrando ya en todas partes sin violencia, la propagan naturalmente, sin advertirlo, los mismos que antes, desconociéndola, eran sus detractores; y esto quiere decir que con sus formas sencillas de moralidad vá invadiendo el corazón, penetrando en los talleres, estimulando el amor al trabajo, y asegurando la dicha que sin duda sus congregados recogen como recompensa: porque si la satisfacción de sus necesidades no se lograra, si el cumplimiento de los deberes no fuera cierto, no encontrarían felicidad ni bienestar alguno.

Y leed; leed sus reglamentos y vereis el alcance de sus miras: además de sus escuelas de instrucción primaria, aritmética, comercio, agricultura, dibujo, etc., la instalación de talleres-modelo por distritos, feligresías ó barrios, según la densidad de la población en que hayan de plantearse; bibliotecas, periódicos de ilustración, comercio é industria, escuelas de aprendices en las diversas manufacturas ú oficios, conferencias diarias ó semanales, según la índole de las enseñanzas, exposiciones de productos científicos, artísticos, industriales y agrícolas, granjas-modelo: un sistema completo, en fin, de organización social, que si bien hasta ahora no se ha realizado en todas sus fases, cunde y se agiganta de un modo

digno de llamar la atención, y es su aspiración constante y el fin que persigue sin descanso.

Pero ¿cómo se logran esas ventajas? Uniendo en la asociación á trabajadores y capitalistas, haciendo que cada sócio ponga también, además de su esfuerzo, algo de capital, siquiera sea la herramienta misma de su oficio; y eso es lo que deben estudiar los iniciadores de las sociedades cooperativas de obreros: que no sean simplemente obreros los que las formen; que sean á la vez obreros y capitalistas, que no odien á la empresa, si parece mejor esa otra forma de unión entre el trabajo y el capital, haciendo comunes los intereses de los trabajadores y los empresarios, así como en la colonia á censo, se establece comunidad de intereses entre el terrateniente ó poseedor de la heredad y el labriego, y en el comercio por medio de una participación prudencial en los negocios, se logra unir, al interés del comerciante ó negociador, el de sus factores ó dependientes.

Una institución, una forma, que á la vez que asegure por medio del jornal la subsistencia y satisfacción de las necesidades presentes y perentorias del trabajador, dé á este una participación en el interés del empresario, para que al cabo de tiempo sea coempresario con él, y participe así mismo, en una escala justamente regulada, de la retribución del capital, asegurando su porvenir y haciéndole á la vez capitalista. De este modo no lucha el obrero con la dificultad inmensa, y para él insuperable, de buscar un capital, ni de tomarlo

prestado, caso de que alguien se lo diera sin garantía, que consumiese en réditos ó alquileres todas ó la mayor parte de las ventajas que lograse obtener en el producto; no está expuesto á la eventualidad de que se gane ó se pierda en la empresa: si hay beneficios, de ellos ha de participar, luego que la producción se verifique y se espenda ó cambie en el punto consumidor; si hubiere pérdida, él no habrá perdido más que su esperanza y una pequenísima parte de su esfuerzo, que no le anonada ni le imposibilita para interesarse de igual modo en otras diversas negociaciones, dejando á salvo la satisfacción de sus necesidades y las de su familia.

Más para ello, es preciso que cese el antagonismo, que sean compañeros de buena fé é inseparables el capital y el trabajo, que se entienda bien lo que esas dos palabras significan, y se convengan unos y otros de que sin la concurrencia simultánea y eficaz de ambos elementos, sobre los agentes naturales, no hay producto posible y es vano todo esfuerzo.

III.

El resultado práctico que aquellos dos poderosos elementos de la actividad humana se proponen, es la producción; y quiero demostrar, que para conseguir tan importante objeto, es precisa, absolutamente precisa, la vida armónica de ambos, al obrar sobre la naturaleza bruta, para ha-

cerla apta á la satisfacción de nuestras necesidades.

Ante todo conviene advertir que el taller común, que el campo de experiencias en que ambos elementos funcionan, es la naturaleza misma, pero de tal suerte, que ella sirve á la par de laboratorio y de primera materia: de modo que se necesita un trabajo previo de elección de materiales y otro también anterior, encomendado á los hombres de ciencia, que consiste en el descubrimiento de los principios en que las cosas se fundan y el ordenamiento de las leyes y reglas en virtud de las cuales han de verificarse las transformaciones. Y esto lo mismo en el orden material, que en el puramente ideal ó intelectual, porque muchas veces la naturaleza en que aquellos elementos funcionan es el hombre mismo; más el capital y el trabajo persiguen siempre idéntico fin: esto es, la producción, ora sea física y sensual, ora moral é intelectual, pues que dada la suprema ley del progreso humano, han de aparecer nuevas necesidades de una ú otra especie, á medida que vayan siendo satisfechas las ya conocidas.

Esto supuesto, habremos de convenir en que para que la producción se verifique, han de concurrir necesariamente los tres elementos *naturaleza, capital y trabajo*, los cuales han de cooperar en justa proporción; porque si aquella falta, alguno de esos elementos contribuirá menos á producir, necesariamente á espensas de los otros: mas claro; supongamos que estos tres elementos son

otros tantos sócios que se reúnen y forman compañía para producir con medios desiguales. Salta á la vista que al hallar el resultado del negocio, cada uno de ellos retire de la utilidad la parte que le corresponda en proporción al capital ó medios que aportó á la masa común; y tanto es así, que en el momento en que esa justa proporción del reparto no se verifica con la mayor exactitud y alguno resulta favorecido, es siempre en perjuicio y menoscabo de los otros que han ayudado á realizar el producto y surge entre los sócios el desavenuimiento y la contienda.

Ahora bien: si esto es así ¿cómo se ha de conseguir el fin sin regular el equilibrio y la vida armónica entre los elementos de la producción, cuando de ello depende la justa proporción de las retribuciones respectivas?

Hé aquí por qué el olvido de esas exactísimas leyes produce con frecuencia conflictos, que, viniendo al terreno práctico, ofrece á nuestros ojos el tristísimo espectáculo del pauperismo, cuando el capital abusa; y de las huelgas, cuando se impone el trabajo.

Ya veis como tanto en un caso, como en otro, al verificarse el desequilibrio, viene el perjuicio común: porque la producción se merma y empeora; y al cabo uno y otro se resienten del mal que ambos contribuyeron á causar. Más aún, dá lugar á tan funestas consecuencias el olvido de esas rigurosísimas leyes de justa proporción en el reparto de las retribuciones, que, cuando el capital y el

trabajo, poniéndose instintivamente de acuerdo, explotan al tercer elemento *naturaleza*, tan solo porque no promueve contiendas ni retira nada para sí, aunque aguarda á que la den lo que de justicia le corresponde, también entonces parece como que se cansa y agota y se niega á prestar su concurso, mermando su facultad productora; y entonces languidece la industria agrícola y pecuaria, madre y primera materia de todas las demás industrias, y el problema social surge en forma de escasez ó carestía, acentuando los odios entre las clases de distintos medios de fortuna y precipitando á los Gobiernos á tomar medidas violentas y anti-económicas para salvar el conflicto del momento. No es posible, pues, desconocer ni olvidar la justa proporción con que han de retirar sus retribuciones respectivas los tres elementos productivos,

Me ocurre á este propósito un ejemplo, tomado de las enseñanzas y preceptos de un insigne economista: Si dados los factores 4 y 5 queremos formar el producto 40 ¿con qué otro factor que no sea el 2 podríamos conseguirlo? ($4 \times 5 \times 2 = 40$). No es posible que pueda hallarse directamente con otro alguno.

Pues bien, si en la misma fórmula suprimimos sucesivamente el factor 4 y después el 5, hallaremos la misma dificultad y nos convenceremos de que no se puede obtener el segundo término de la igualdad 40, si falta uno cualquiera de los factores componentes del primero; es indispensable



que todos ellos existan y concurren tales y como son, sin sustituirse ni modificarse, para que las operaciones indicadas en el primer miembro, den necesariamente por resultado el producto que representa el segundo. ¿Y cuál de esos factores contribuye más á que se forme el producto? ¿Cuál de ellos, el 4, el 5, ó el 2 tiene una participación más eficaz en la formación del resultado 40? No es posible regular esto sino en justísima proporción; porque como ninguno puede faltar, como la ausencia de uno cualquiera de ellos dá lugar á que se anule el producto, de aquí el que todos á la vez, aunque proporcionalmente, sean de todo punto indispensables: todos tienen igual eficacia y los tres necesariamente han de concurrir para que el producto se verifique.

Cambiemos ahora los nombres y llamemos al primer factor *naturaleza*; al segundo *capital*, y al tercero *trabajo*; la igualdad se habrá transformado en esta otra:

(Naturaleza $\times$ Capital $\times$ Trabajo = Producción) y no nos costará violencia alguna el convencernos de que la multiplicación y concurrencia de los tres elementos es absolutamente indispensable para que la producción se logre; de tal suerte, que si alguno de ellos falta, el resultado se anula y el producto no se obtiene: surjiendo un perjuicio común, porque desaparecen todas las retribuciones; y aceptaremos también sin gran dificultad, que es pura ilusión el esfuerzo humano cuando pretende eludir el cumplimiento de una ley económica.

Prueba evidente de ello son los desengaños alcanzados siempre que alguno de esos elementos ha tenido la pretensión de producir divorciándose de sus naturales compañeros. Las huelgas, por tanto, no pueden ofrecer otros resultados en la práctica, que un mal social sin provecho de nadie; porque las perturbaciones de las leyes económicas no darán nunca otros frutos que la anulación del producto.

Las sociedades de simples trabajadores, sin la intervención del capital, no son más que una utopía intentada para alcanzar tan solo desengaños: del mismo modo, el aislamiento del capital es la anulación y el aniquilamiento del capital mismo.

Convénzanse de una vez para siempre, así los obreros como los capitalistas de que esos elementos los tiene Dios en la naturaleza, para marchar siempre juntos, para vivir enlazados en vida de amistad y de armonía; ni es posible divorciarlos, ni que se sobrepongan el uno al otro, sin que el abuso traiga la perturbación y la ruina; si la producción, la prosperidad y el progreso en el perfeccionamiento humano han de lograrse, es necesaria una vida común de esos hermanos que, implantados como raíces del mismo tronco en la actividad de los hombres, han de sustentar y producir el mismo fruto.

Por eso es un error, que dá origen á grandes males sociales, la separación entre propietarios y trabajadores, industriales y capitalistas. Así los Gobiernos como la voluntad individual, todos es-

tamos obligados á contribuir con la enseñanza, el ejemplo y el consejo, á que vivan como hermanos, sin recelos ni desconfianzas dueños y colonos, maestros y oficiales, empresarios y obreros, porque además de que esto es lo que nos conviene, no haremos otra cosa que cumplir los preceptos de una ley económica necesaria.

Sentados estos precedentes, no hay modo de eludir sus naturales consecuencias.

Si los tres elementos naturaleza, trabajo y capital contribuyen á la obra de la producción, aunque proporcionalmente, justo, justísimo es que también los tres entren en participación para retirar el premio de su esfuerzo, de una manera proporcional á la parte que en la producción hayan tenido. Y de aquí que la regulación de las respectivas retribuciones pueda ser objeto de una simple regla de compañía.

En efecto: si formamos una proporción en que coloquemos en primer lugar el valor homogéneo de los tres esfuerzos sumados *trabajo, capital y naturaleza*, en el segundo término el *producto* ya hecho; y vamos colocando en el tercer término, variable, sucesivamente el valor de cada uno de los elementos separadamente, la resolución del cuarto término, nos indicará la retribución justa que á cada elemento corresponde:

Elementos productivos.

(Naturaleza + trabajo + capital) : producto :: un elemento cualquiera : á la retribución ó parte del producto que le corresponde.

No encuentro por el momento una demostración más clara y sencilla para explicar los naturales efectos de aquella ley económica.

Pero no es lícito, Señores Académicos, abusar mas tiempo de vuestra atención; me he estendido quizá demasiado, y la índole de este trabajo no permite descender á un sin número de pormenores que harían más enojosa mi tarea y fatigaría vuestro ánimo.

Resumiendo pues, mis opiniones, os dire: que el espíritu y tendencias de la sociedad en nuestro siglo, es plantear en el mundo, con la brevedad posible, las leyes del equilibrio y la armonía; que la solución de los infinitos problemas á que tal intento conduce es naturalmente compleja y difícil, sobre todo en cuanto concierne al procedimiento práctico que ha de llevarnos al logro de aquel fin; y que como los medios de que la sociedad puede valerse para ello, son las instituciones, necesitamos un sistema completo de estas, que unifique así en la voluntad como en los intereses los deseos y aspiraciones recíprocas de los trabajadores y los capitalistas, procurando que de las mismas bases del sistema emanen mútuas garantías y seguridades tales para unos y otros, que no cupiera el recelo ni la desconfianza; que en la forma general de empresa, el capital ya estuviese representado por la tierra, las máquinas y edificios, las primeras materias del comercio y de la industria ó los recursos metálicos, asegúrase, mediante el cumplimiento de los deberes del traba-

jador, que había de garantizar una justicia paternal nacida de los mismos gremios, por libre elección de aquellos, el jornal ó premio diario y constante del esfuerzo ó el entendimiento, para la satisfacción de sus necesidades presentes, teniendo sin embargo una participación justamente regulada en las producciones, que sin negar el premio debido al capital y la reposición ó desgaste de las primeras materias fuese acumulando, como en una Caja de ahorros, al cuidado también de la justicia gremial, una masa que, agrandándose en cada día, fuese la esperanza suprema del porvenir, llegando realmente, al cabo de tiempo, á ser también capitalistas. Y esto en todos los órdenes, en todas las gerarquias de la vida industrial. Así pues, las Cajas de ahorros escolares, las sociedades cooperativas en unión del capital por gremios, las Hermandades de labradores y terratenientes, las colonias á censo redimible con pago de rentas proporcionales á los frutos logrados en las cosechas, y todas estas formas que pudieran perfeccionarse mucho, llevadas de buena fé y procurando la progresiva instrucción de las clases obreras y la educación moral de las mejor acomodadas, sería un modo de aproximarse con grandes probabilidades de éxito á la solución de aquellos importantes problemas buscando con singular empeño que fuese una verdad práctica la fraternidad universal de los hombres, que poco á poco arrancarían de su corazón las pasiones de interés secundario y mezquino, que les impele á la lucha y á la des-

confianza, y unidos como una sola entidad dentro de un espíritu más generoso, alcanzarían la dicha y la prosperidad que anhelan, logrando á la vez verdaderos dias de ventura á la Patria.

Córdoba 10 de Octubre de 1884.



CONTESTACIÓN

LEIDA EN EL MISMO ACTO

POR EL

SR. D. MIGUEL RIERA DE LOS ANGELES

SEÑORES ACADÉMICOS:

Fresca está todavía la memoria de vuestra dignación al darme entrada y señalarme honroso puesto en esta docta Academia, y para hacer más acendrada, aún si cabe, mi gratitud, hoy me confiais, bondadosos, el encargo, que acepto como fineza, de saludar y dar la bien venida en nombre de todos al nuevo académico Sr. Castiñeira. Ni parecerá extraño, que el último, de los que, merced á vuestro generoso concurso, logró subir por las prescripciones reglamentarias, á estas cumbres de tanto honor, se anticipe gustosamente á recibir con fraternal abrazo, al que asciende por el mismo camino, si bien á impulso de su propio valimiento.

Acepte, pues, el Sr. Castiñeira con el afectuoso saludo de los honorables miembros de la Academia, mi felicitación la más cordial, porque le vemos llegar á este centro de amigos del saber, á buena luz, sin fatiga y con provecho, á tiempo en que nos dedicamos á estudiar los diferentes problemas teóricos y prácticos, que embargan la atención de los publicistas contemporáneos.

Creemos, que puede interesar mucho la ilustrada cooperación del nuevo compañero, en este

trabajo de restauración cristiana de las ideas que nos hemos propuesto, y que entendemos ser la misión actual de estas asociaciones.

Y aunque nuestra esperanza no tuviera ya de tiempo sobrada garantía en el mérito de anteriores trabajos dados y publicados, con general estimación, por el Sr. Castiñeira, tanto en ciencias como en letras, bastaría de seguro para hacerla mas firme, á ser posible, el profundo y elegante discurso que nos ha dado á conocer con admirable entonación y buen sentido, marcando así, por elocuente modo, brillante página en la historia de estas solemnidades.

Sin perjuicio del estudio detenido que habremos de hacer en la calma de nuestras sesiones ordinarias, de las teorías económicas y medios de mejora social, de que trata oportunamente el señor Castiñeira, en su notable discurso, aparte de las que indica y cuentan ya con la aprobación y bendiciones de la Iglesia, surge natural y lógicamente de su conjunto para mi contestación la siguiente tesis:—"La ciencia de la economía social, si no está informada por la idea cristiana, no puede dar soluciones provechosas."—Tesis que, en debida consideración á la doctrina expuesta, intento desarrollar, confiado como siempre en vuestra cariñosa indulgencia.

Todo individuc, señores, siente la necesidad constante de proveer á su subsistencia y de mejorar su bienestar: por eso no hay cosa que parezca mas digna de interesar á la humanidad, que la

ciencia que abraza los elementos positivos de la vida física y moral de las naciones. Esta es la ciencia de las leyes que dirigen la formación, repartición y acrecentamiento de las riquezas de los pueblos, ó sea la ciencia de la economía social.

Desde que se ha probado, que las propiedades inmateriales como el talento y las facultades personales adquiridas, forman una parte integrante de las riquezas sociales; que los servicios prestados en los cargos mas elevados, tienen su analogía con las ocupaciones más humildes; desde que se han establecido con toda claridad las relaciones del individuo con el cuerpo social y de este con aquel y sus recíprocos intereses, se ha averiguado que la economía social, cuyo objeto al parecer no era mas que los bienes materiales, abraza el sistema social entero. Circunscribiéndose en la esfera de su actividad especial, nos conduce de los efectos á las causas, y de las causas á los efectos, y se compone no de hipótesis sino de hechos; se funda en la esperiencia y en realidades. Revela al hombre por qué medios se producen los bienes con los cuales subsiste la sociedad, é indica á cada individuo cómo puede multiplicar lícitamente los recursos que la Providencia le ha distribuido. Esto basta para justificar la alta importancia atribuida á esta ciencia. No entra en mi plan explicar los diferentes sistemas á que dió márgen desde la más remota antigüedad. Me limitaré á decir sobre este punto, que los antiguos reflexionaron poco, al parecer, sobre el conjunto de los conocimientos que forman hoy el patrimonio de aquella.

Los griegos y los romanos no fundaban su subsistencia y sus acumulaciones mas que en la conquista y en la depredación. Los antiguos consideraban la riqueza como un hecho, y no habían cuidado jamás de investigar su naturaleza y causas: la abandonaban enteramente á los esfuerzos individuales de los que se ocupaban en crearla, y cuando el legislador era llamado de cualquier modo á limitarla, no fijaba jamás su atención en el interés pecuniario de la generalidad. Las ciencias, cuyo objeto era cada uno de los ramos de la riqueza territorial, no se referían á un centro común, no eran otros tantos corolarios de una ciencia general, sino que se trataban aisladamente y como si todas tuvieran en sí mismas sus propios principios.

Apareció el cristianismo, y el hecho solo de su influencia sobre el orden moral y material del universo, es un manantial inagotable de contemplación y de estudio. Mejoró todos los sistemas que dirigian entónces la economía social de los pueblos, y constituyó, puede decirse, propiamente la ciencia económica.

Después, se ha trabajado mucho así en Francia como en Inglaterra, en Alemania y hasta en Prusia y Rusia para explicar las leyes secundarias que arreglan el progreso de la fortuna pública; pero es muy de sentir, que la admirable sagacidad de que se han dado pruebas, no haya ido siempre á buscar sus inspiraciones en los principios verdaderos é indisputables.

Turgot y Stevar determinaron las leyes que arreglan la distribución del producto total de la tierra con el nombre de arrendamiento de las ganancias, del capital y de los jornales, según el estado de la civilización. Hicieron que dependiera de la fertilidad de la tierra, del aumento de los capitales y de la población, de la habilidad de los cultivadores, y de los instrumentos empleados en la agricultura. Los economistas secuaces de Quesnay, creían que nada se les podía objetar cuando sentaban el principio de que siendo la tierra únicamente la que puede producir, no hay otro producto real que el producto neto de las tierras. De donde concluían, que era menester cargar la totalidad del impuesto directamente sobre las tierras. Smith se dedicó á explicar el mecanismo de las leyes de la producción, de la distribución y del consumo de los valores enagenables, á sentar principios y á sacar de ellos conclusiones aplicables á la industria.—Cobden, proclamando la doctrina excéptica, de que el trabajo es una mercancía que como otra cualquiera se rige por la ley de la oferta y la demanda, redujo á una fórmula bien cruda las relaciones entre el obrero y el industrial. “Cuando van dos obreros tras de un patrón, decía, el salario baja; cuando van dos patronos tras de un obrero, el salario sube.” —Se ha defendido después, que la riqueza era únicamente el producto del trabajo, llegándose hasta proclamar el “ideal de la humanidad para la vida,” que puede compendiarse, con las leves variantes que pide

la mayor cultura actual, en el supuesto epítáfio de Sardanápalo: *Come, bebe, goza, todo lo demás es nada*. El goze por el goze; tal fué el principio de conducta de los economistas del siglo décimo octavo.

Pero debo someter á vuestro ilustrado cálculo los sistemas más recientes, y considerarlos no tanto en sí mismos, cuanto en sus relaciones con las necesidades de las sociedades modernos.

Sansimón, Cárlos Fourier y Roberto Owen pueden llamarse los primeros que han desplegado la bandera de la nueva era de organización social. Aquellos tres nombres componen por sí una familia; en ninguno otro se encuentra ni tanta audacia, ni tanta ambición.

Los sistemas de estos economistas, ofrecen una completa abstracción de las ideas religiosas. Sentado el principio del trabajo y de la civilización sobre la escitación incesante de las necesidades, han fundado la teoría de la producción de las riquezas en el monopolio industrial, la filosofía sensualista y la moral egoista del interés personal. ¿Qué puede esperarse de sus esfuerzos, aunque sean reunidos?

Hemos de convenir, señores, en que la sociedad tiene necesidad de fé, de esa fé cristiana no menos ilustrada que activa, que con sus promesas y temores escita al hombre á todo lo que es grande, noble y virtuoso, y le desvía de todo lo que propende al vicio y á la infamia. Tiene necesidad de esa fé que hace al hombre tan celoso de sus

derechos, como fiel al deber, de esa fé que en compensación de las penas inseparables de la vida, le asegura los consuelos de la inmortalidad.

¿Qué han hecho tales economistas ni sus adictos para reanimarla en la multitud? No podemos preveer mas que resultados muy tristes y funestos. Las consecuencias terribles, pero rigurosas son, la exclusión de toda creencia sobrenatural y divina, y la ontología de las potencias pasionales con todos sus excesos en el hombre.

¿Qué podía ganar con estos sistemas el progreso verdadero hácia el cual se ven impelidas las sociedades modernas? El sansimonianismo como prenda de unión y de armonía, pedía la gerarquía de las capacidades, el adelantamiento de la industria, y la experimentación sucesiva y personal por entre las posiciones sociales mas diferentes. La luz que debía fecundar lo porvenir, era la ciencia general que iba á desplegar sus magnificencias. Adjudicando á los gefes de la doctrina la reversión de todos los bienes, desheredaba á la multitud de todo derecho de sucesibilidad. A falta de toda ventaja esta utopia era á lo menos muy ingeniosa para sonsacar en beneficio de algunos, la propiedad de los bienes de la nueva familia. El sistema de Fourrier, no descubriendo mas que insensatez y desastres en la civilización actual, únicamente veía la senda abierta á la prosperidad de los pueblos, en la satisfacción de todas las facultades y de todas las pasiones. Proponiéndose al parecer, una organización de trabajo industrial y agrícola,



propendia á sustituir á los esfuerzos incoherentes, decía, de nuestros comunes divididos, el esfuerzo combinado y fecundo de los comunes asociados.

Entre los trabajadores debía existir la mejor armonía por la sola virtud de lo que él llamaba el mecanismo seriario. Según la fórmula que se ha hecho célebre, todos los hombres debían estar asociados en capital, trabajo y talento. Owen metido en las vias del fatalismo, no descubría en el hombre mas que un compuesto de organización original y de influencias exteriores. Según él, debía abolirse la propiedad individual: la comunidad absoluta y la perfecta igualdad eran las únicas bases de una sociedad progresiva.

¿En qué, pues, podrían venir á parar las teorías de estos tres reformadores? ¿Qué garantía de perfección social podrían dar á la sociedad en definitiva? ¿Qué idea nos dan del hombre reduciéndole en cierta manera á la condición del bruto, y haciéndole obedecer sin cesar al cabezón de la fatalidad? ¿De qué progreso puede ser capaz el hombre á quien aquellos no conceden el ejercicio de ninguna facultad espontánea? Por eso propenden á romper la individualidad para entronizar la comunidad.

Esos sistemas no podían cooperar al progreso del entendimiento humano en las ciencias, pues que en vez de aplicarle á ramos especiales de este género, le aplican simultáneamente á toda la generalidad que aquellas comprenden. La inteligencia como perdida en este intrincado laberinto, no

sabe á qué agregarse, y trepando una altura para medir su extensión, cierra los ojos para no descubrir un mas allá. No viendo los supuestos economistas, la fuente de la fortuna pública mas que en la industria y en la comunidad de bienes, cuya propiedad era exclusivamente en beneficio de los gefes de la doctrina, nada podian hacer, ni aun para la mejora material de las sociedades. Los hechos demuestran que, la verdadera fuente de la riqueza es la propiedad, y la propiedad repartida, individualizada, á fin de equilibrar los goces con las obligaciones, y graduar la recompensa en proporción del trabajo. La felicidad pasiva y parecida á la del bruto prometida al hombre, no puede ser digna de él; quiere este recibir el justo precio de sus esfuerzos y de sus combates, á lo menos bajo el aspecto mas noble de sus dos destinos. En cuanto le ocurra la menor duda, lejos de andar se detiene, y en vez de avanzar retrocede.

Sin duda estos sistemas han proclamado el amor á sus semejantes y unos como principios de fraternidad. Convidan la humanidad á unas relaciones de otra naturaleza, y le indican un vínculo de afecto que debe unir á todos sus miembros y hacerlos caminar en paz, con orden y con amor hácia un destino común. Pero escluyendo por un lado toda intervención coercitiva, y soltando por otro las riendas á todos los deleites, proclamando la promiscuidad, y declarando que la ley del universo debia ser en adelante la satisfacción más completa de las pasiones en todos los puntos y en

todas las cosas, ¿no es evidente que en vez de unir á los hombres, era este el único medio de desunirlos, y que lejos de estrechar los lazos sociales era romperlos?

A este mal que como un cancer quería agarrarse al cuerpo social, opuso la Providencia un antídoto levantando dos hombres que comprendieron su siglo y las necesidades de él, y descogieron la cadena de las verdades fundamentales de toda economía verdaderamente política y social. Sacaron de su alta inteligencia iluminada con las luces de la fe, y de su corazón adornado de las virtudes cristianas, unas convicciones profundas que revelaron al mundo la parte de influencia que indisputablemente han adquirido los principios religiosos en la economía social de los pueblos. Mr. C. de Coux, profesor de economía política en la Universidad católica de Malinas, y el Vizconde de Villeneuve, Bargémont, diputado francés, se han mostrado igualmente dignos de ocupar una página inmortal en nuestros anales. Con la luz de la ciencia y de la fe, el uno no cesa de explorar las causas generadoras de la riqueza y de las leyes generales que la rigen en su repartición y acrecentamiento, y el otro traza la historia completa de la economía política con mágnificos rasgos. Hace resaltar admirablemente las relaciones que la unen con las verdades reveladas y la moral cristiana, la influencia que las instituciones políticas y las creencias religiosas han ejercido constantemente sobre la condición material de los pue-

blos, y la concordia íntima que existe entre el orden moral y el industrial de las sociedades.

Bastaríanos con oponer este broquel á los dardos aguzados de los adversarios de la verdad católica, que se han esforzado á establecer un antagonismo fatal entre aquella y la prosperidad material de los pueblos.

Lo sabeis bien, Señores Académicos, y lo deplorareis como yo. Se ha querido hacer creer que el catolicismo es enemigo natural y necesario de la agricultura, de la industria y del comercio, y no hay medio que no se haya tanteado para sublevar contra él el amor de la familia y de la patria. Este torrente devastador ha abierto unas brechas tan grandes en la conciencia pública, que es difícil todavía sondear su profundidad. Si se quiere penetrar las cosas á fondo inevitablemente se encontrará, ya en la inteligencia, ya en el corazón de las sociedades modernas, ese gusano roedor que amenaza devorarlas, el fondo de un fuego oculto que las consume, el origen de ese disgusto general que sucesivamente se resuelve en crímenes, y el no poder sufrir ninguna calamidad, ni aun aquellas que providencialmente se adjudicaron, por decirlo así, á la naturaleza humana.

Y yo no debo disimularlo, señores; es imposible cerrar los ojos sobre la indiferencia de ciertos hombres por la verdad religiosa y sobre su desprecio de las leyes de la moral. Del monte al valle, del palacio á la choza, del parlamento á la escuela, en plazas, calles y hogares, veis el es-

fuerzo titánico con que se levantan, como á destajo, torres soberbias y se labran murallas que torciendo los caminos del pobre hácia su bienestar, y convirtiendo en asperezas las hermosas llanuras de la fraternidad cristiana, esconden á su vista, con peligro común, el luminoso faro que les señala el puerto feliz de su fatigosa carrera.

Todo parece organizado para excitar el anhelo de las clases trabajadoras por mejorar su situación. Sus necesidades, sus padecimientos, á veces la pasión, les hacen sentir infinitos deseos y han abrazado casi en masa las doctrinas trastornadoras más radicales, creyendo ellos que están mal, que de tales doctrinas ha de venirles el supremo remedio.

En tanto, los filósofos y los políticos intentan erigir en ley los hechos observados, subiendo en sus lucubraciones en el asunto, á querer declarar como ley el mejoramiento de las clases trabajadoras; doctrina que no puede tener influencia alguna para dirigir los instintos y moderar las pasiones del pueblo, porque esos instintos y pasiones son cosa personal y presente, y no se satisface con creer que la abstinencia actual, traerá el mejoramiento para mañana.

Y las clases trabajadoras excitadas por los debates que pasan á su vista, ventilan las cuestiones, cuya resolución puede cambiar su suerte, y discuten los problemas más complicados de organización social. Este ardiente deseo de cambio entre ellas, este despertamiento de su inteligencia

acerca de todas las cuestiones de transformación política, de modificación de las relaciones existentes entre los maestros y los trabajadores, la apelación constante á los instintos groseros y á las pasiones vituperables del pueblo, la impaciencia con que se lleva el yugo de la ley y el odio á toda autoridad: tales son los frutos producidos por los sistemas de esos economistas que aspiran á acabar con las venerandas tradiciones religiosas.

Y vosotros, tal vez como yo, habeis asistido, aunque de lejos, á esos centros de información actual sobre reformas sociales, en que las doctrinas más peligrosas han puesto cátedra pública y casi oficial, ante capitalistas y trabajadores, ante patronos y obreros. El hecho es que, al amparo de una tolerancia, que no sabemos cómo considerar, en esa cátedra se han oído doctrinas nuevas sobre derechos del hombre, se ha intentado hacer que sirva en beneficio de las pasiones la inmortal popularidad del Evangelio, y se han proferido expresiones que encierran grandes tempestades, y que si se dejan repetir, producirán más ó menos pronto el espanto en los pueblos europeos.

Señores, no puede uno considerar atentamente el pavoroso cuadro que se nos ofrece y los trastornos que amagan, sin experimentar un sentimiento de inesplicable tristeza, semejante al que inspira la vista de un anciano que se va apagando en lenta y penosa agonía. ¿Se aproximará, hemos dicho en nuestro interior y muchas veces, se aproximará el último día de las sociedades culpa-

bles? ¿Será semejante su suerte á la de aquel padre que nos pinta Dante en un calabozo sepulcral, condenado á espirar sobre los cadáveres de sus hijos que morían pidiéndole pan?

Los hombres cuyos principios han preparado estos resultados horribles, quisieran atajar su incremento; pero ¿qué pueden hacer contra los progresos del mal los mismos que han arrojado la semilla en el corazón del pueblo? Pudieron abrir el abismo, pero cerrarlo no; pudieron darle muerte, pero restituirle á la vida, jamás. Aquí como en todas partes, hoy, como ayer y por siempre, si se quiere buscar en verdad el remedio á las grandes llagas sociales, hay que recurrir no solamente á los hombres, sino á Dios. Y, por qué esa obstinación de no querer conocer la necesidad de pedir á ese Dios Omnipotente y Pródigo que levantó el majestuoso edificio de las sociedades humanas los medios con que podrian apuntalarse sus ruinosas paredes?

El mismo que sentó los cimientos ha debido dar todos los medios de conservación: como que para poner un término á las clases laboriosas no basta fijarse en cálculos de escritorio, ni en especulaciones de comercio. No ha de computarse solamente, como lo hacen algunos economistas, si los alimentos animales son preferibles á los vegetales; cuál es la influencia de la baratura de los granos sobre las rentas; cuál es el efecto real del aumento que la marcha de la sociedad produce en el precio del producto en bruto sobre los jornales

y las ganancias; si el sistema prohibitivo debe prevalecer sobre el de libre circulación; si en la teoría del cambio es feliz la idea de cambiar los billetes de banco por barras de oro de peso y pureza contrastadas; finalmente, por qué medios puede hacerse que rindan los impuestos todo lo que sean capaces de producir. Este procedimiento en la presente crisis económica conducirá á perder lastimosamente el tiempo, y á dar nueva importancia á las doctrinas socialistas.

Es preciso empezar por recurrir á Dios, y reconocer al mismo tiempo que la religión que enseña toda verdad, y da fuerzas para cumplir las virtudes más grandes, es la que proporciona á la multitud, aun aquí en la tierra, la mayor suma de prosperidad posible. Es menester que la sociedad encumbre su vuelo hácia las alturas del pensamiento Divino en sus instituciones, en sus leyes, en las formas diversas de su existencia. Preciso es que la ciencia de la economía social, lejos de permanecer indiferente al movimiento reparador dado á la inteligencia humana, reciba también el reflejo luminoso de la eterna verdad, y que el acuerdo entre ella y los principios católicos se haga ostensible á los hombres de recto corazón. ¿Quién no sabe que del seno del catolicismo emanan las tres condiciones indispensables al adelantamiento de la industria, á los progresos de la agricultura y á las ventajas del comercio, la seguridad, la libertad y la caridad?

Por complicada que sea en las cuestiones y en

los hechos que examina la ciencia económica, puede á juicio y voz de un gran maestro, reducirse á elementos muy sencillos; ello se reduce, con efecto, á estos dos problemas: el problema de la producción, y el problema de la distribución. Producir abundantemente y distribuir armónicamente es, á nuestro entender, toda la ambición de la ciencia económica. Pues bien, señores, el cristianismo que se ocupa poco de estas cosas, y aun podía decirse que no se ocupa nada, obtiene por la innata eficacia de sus principios, lo que la ciencia no puede obtener, ó á menos lo que no puede obtener sin él.

En primer lugar el cristianismo obtiene sin ninguna violencia la mayor producción. Lo que produce la riqueza, es el trabajo; el trabajo es padre de la riqueza. Hacer que el trabajo se estienda al mayor número posible, y se eleve lo más posible en cada individuo, hé aquí la dificultad: la economía sensualista realiza un trabajo eminentemente estéril, en tanto que el principio cristiano realiza un trabajo eminentemente productivo.—¿Cuál es el principio de la economía sensualista?—es este: Trabajar para gozar.—Y sabeis lo más estéril, lo más improductivo que hay en el mundo? Es precisamente la cosa que se explica por esta palabra, *gozar*. Y en efecto, gozar no es producir, es consumir. Este principio al comunicarse al trabajo, le comunica su misma esterilidad; nada hay más improductivo que el trabajo hecho para gozar.

Pues bien ¿qué hace aquí el cristianismo?

Transforma, ó mejor, restaura la idea del trabajo, y con esta sencilla restauración, abre en el seno de las poblaciones todas las fuentes de una pura y legítima abundancia. No dice el cristianismo el trabajo es para gozar; sino el trabajo es un resorte de la virtud, es una fuerza que debe desplegarse, el trabajo es un deber, más todavía, es una espiación, y nadie comprenderá jamás toda la fecundidad y poder que tiene esta idea para abrir las puertas del trabajo.

A la luz de esta doctrina se aclaran también, en buena parte, las dificultades que surgen al tratar del estipendio ó precio debido al trabajo, y se descubre que, no es el obrero que mayor jornal percibe, el que mejor vive, sino el que sabe y puede librarse de necesidades artificiales, y asociar su trabajo al trabajo divino, de donde ha salido la salvación del mundo. Es decir, que con un salario modesto y adecuado al mérito de su trabajo y á la categoría de su oficio, el obrero moral, será siempre mas rico, que el obrero intemperante con un gran salario. Y el abaratar los artículos de primera necesidad para la vida de los obreros, según esta doctrina, podría obtenerse por especial manera con solo disminuir los gravámenes que pesan ya por parte del Estado, ya por parte del Municipio, sobre dichos artículos, y suplir el déficit que con esto resultara, en el presupuesto de los ingresos nacionales y municipales, con un recargo proporcional sobre las necesidades artificiales que se crean las diversas clases de la sociedad.

El segundo problema de la ciencia económica, es el repartimiento de la riqueza, y este problema es muy legítimo. ¿Cómo traerá la sociedad el movimiento de la riqueza que lleve al mayor número posible, no el goze ecualitario, que no es más que un sueño, sino el goze armónico, gerárquico, que es un bien, precisamente porque es una armonía? ¿Cuál es en fin el verdadero movimiento de la riqueza? Señores, si no me engaño, este movimiento debe resultar de la combinación armónica de esas dos fuerzas, que llamamos en filosofía. fuerza de atracción y fuerza de expansión. Por la primera el hombre viene hácia sí mismo; por la segunda sale de sí mismo. Por la primera se concentra; por la segunda se dilata. Por la primera recibe; por la segunda dá lo más que puede. En fin, por la primera es individual, es personal; por la segunda es fraternal, es social.

Pues bien, señores, ¿cuál es esta fuerza de expansión? Traído á estos términos el problema está resuelto. La abnegación de sí mismo, véase la gran ley de la expansión. Desde hace largo tiempo se viene formando ciencia sensualista; aumentando la atracción, siempre la atracción: ahora es preciso la expansión, siempre la expansión, por la práctica de este gran principio: *Niégate á tí mismo*. Por este medio es como se realiza en el mundo hace diez y ocho siglos, la fecundidad del trabajo armónico y de la distribución de los bienes de la tierra, sembrando generaciones de hombres enteramente penetrados de este principio.

Nosotros estamos, señores, en esos aciagos días en que la inteligencia de la pobreza y de la riqueza nos amenaza con grandes desastres. A la luz de la idea cristiana, se verá formarse la armonía. Y en efecto, señores, si me seguís todavía por algunos instantes, vereis que el secreto de la doctrina católica, nos explica el secreto de la armonía social, el dulce misterio de la fraternidad que se quiere saber.

Convendréis conmigo en que una de las mayores dificultades de estos tiempos es por un lado el desprecio que tienen los grandes hácia los pequeños, y del otro la envidia de los pequeños á los grandes. La inteligencia de esta doctrina por una y otra parte, hacen venir á tierra por un lado el desprecio, y por el otro la envidia, produciendo entre el rico y el pobre una reciprocidad de estimación y de respeto. El rico que ha visto al pobre en la aureola de Jesucristo, se considera soberanamente impotente de despreciarle. Dice: el pobre es mi hermano; dice más todavía, el pobre es Jesucristo mismo, porque ha visto á través de sus harapos un rasgo del semblante del Salvador. Para el cristiano que tiene tal inteligencia de la pobreza, despreciar al pobre no es solamente una injusticia, no es solamente un crimen, un atentado, es un sacrilegio. Y mientras que por un lado cae el desprecio, cae también por el otro la envidia. La envidia, esa horrible enfermedad que roe el corazón de todas las muchedumbres pobres que no conocen á Jesucristo, la envidia huye ante la luz del

Calvario, como huyen los monstruos de la noche al aparecer el Sol. ¿Para qué ser envidiosos cuando no hay inferioridad? El pobre que vió la luz de Jesucristo no se cree inferior. Respeta una superioridad más efectiva también. Puede decir á su hermano; soy de una aristocrácia más apreciada, más palpable; yo soy de una aristocrácia más alta; soy pobre y estoy mas cerca de Jesucristo.

De esto, señores, el fenómeno humano que tantas veces se ha realizado en nuestras edades de fé; poblaciones de pobres unidas á los ricos, no por medio de cadenas de oro con que jamás se enlazan los corazones, sino por esas cadenas de amor y fraternal ternura en que el corazón de los ricos y el corazón de los pobres, se enlazan juntos al rededor de Jesucristo.

Ved ahí la grande idea, la aspiración sublime del sábio dominico español, del venerable apóstol que fué nuestro Obispo y el verdadero padre de los pobres, nuestro muy amado P. Zeferino, al fundar en esta Diócesis los Círculos Católicos de Obreros, elemento poderoso y práctico de regeneración religiosa y social, tan eficaz como apropiado á las condiciones y necesidades de nuestros tiempos, mayormente si alcanzan, como lo deseamos, todo el desarrollo de que es susceptible tan hermosa idea.

El rico en este pensamiento, por excelencia cristiano, ejerce una función con relación al pobre; es el primero en la gerarquía de la naturaleza y debe por lo tanto derramar todo lo posible so-

bre los pequeños los tesoros que Jesucristo le dá. El pobre por su parte tiene una función con relación al rico, y debe derramar sobre él lo más que pueda el tesoro de gracia que Jesucristo le concede para enriquecer al rico mismo. De suerte que en estas dos gerarquías, donde todo se encadena admirablemente, cada uno tiene á la vez el deber de dar y la obligación de recibir; y la grandeza consiste sobre todo en depender y servir más. ¡Admirable armonía, señores, donde Jesucristo reuniendo en la unidad las extremidades mas lejanas, refunde en profundas concordias, los que parecían antagonismos mas irreconciliables! ¡Plan verdaderamente divino en que se ven los dos grandes rios de la riqueza, descender de grado en grado hasta los seres más pequeños, para enriquecer á todos: en que las dos humanidades se encuentran de un extremo á otro del mundo, para servirse, para abrazarse como dos seres que Dios ha dispuesto el uno para el otro. ¡Ah! señores, que magnífico es esto! Y cuando se ha comprendido, y aun cuando no hubiese otras razones, ¿sería posible sentir en el corazón una repulsión hácia el cristianismo que forma entre nosotros esta armonía?

Pues, suplid os ruego, Señores Académicos, suplid en la experiencia de vuestro saber lo que resta para la debida explanación y cumplido desarrollo de la tésis al principio enunciada, aseverando que, la ciencia de la economía social si nó está informada por la idea cristiana, no puede dar soluciones provechosas.

Correos España

Correos España

Correos España